



FONDO  
EDITORIAL  
UNIVERSIDAD  
EAFIT

colección  
**KRENES** — crítica

EX - LIBRIS

Pertenece a:

---

---

# Los desdoblamientos de la palabra

variaciones en torno al diálogo

Mauricio Vélez Upegui

Fondo Editorial  
Universidad EAFIT.  
Medellín, 2005

---

**Los desdoblamientos de la palabra.  
Variaciones en torno al diálogo.**

Autor: Mauricio Vélez Upegui.

Vélez Upegui, Mauricio. Los desdoblamientos de la palabra. Variaciones en torno al diálogo. Autor: Mauricio Vélez Upegui. Medellín: Universidad EAFIT, 2005. 320 p. 15 x 23 cms ISBN: 958-8173-87-6



**Los desdoblamientos de la palabra.  
Variaciones en torno al diálogo.**

Primera edición: abril de 2005.  
Segunda edición corregida: agosto de 2005.  
©Mauricio Vélez Upegui  
©Fondo Editorial Universidad EAFIT.  
Todos los derechos reservados  
ISBN:958-8173-91-4

**Dirección editorial y edición:**

Juan Carlos Restrepo Rivas.

**Diseño, diagramación e ilustración:**

Tercer Excluido Diseño.

**Impresión:**

Centro de Publicaciones EAFIT

Printed in Colombia.

Cra 49 No. 7 sur-50 Avenida las Vegas. Bloque 3, Primer piso, oficina 120.

e-mail: jcrestr2@eafit.edu.co

www.eafit.edu.co/fondoeditorial

Teléfono: 2619523. Fax: 2619272.

Medellín-Colombia

Prohibido el almacenamiento, reproducción o transmisión parcial o total de esta obra, incluido el diseño y las imágenes, por cualquier medio o procedimiento (electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, reprografía y el tratamiento informático), sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Universidad EAFIT.

Medellín, Santafé de Bogotá, Pereira, Llanogrande.

# Los desdoblamientos de la palabra

variaciones en torno al diálogo

## Contenido

Agradecimientos	9
Introducción	15
El diálogo entre los griegos	25
¿Se afina el diálogo en una especie de <i>enfrentamiento</i> corporal?	75
El diálogo: una <i>unitas multiplex</i> de habla y escucha	115
Diálogo, Identidad y Alteridad	177
El diálogo: una <i>ocupación</i> que consiste en dar palabra	209
Diálogo y Relato	259
Epílogo: Diálogo y Razón	303



---

A quienes, todavía, se emocionan con la idea de que la práctica cotidiana del diálogo comporta un sentido ético, estético y político.



## Agradecimientos

**L**a escritura de un libro, con ser en muchos aspectos una actividad que sólo puede realizarse en completa soledad, presupone, sin embargo, el concurso de numerosas voces individuales. Son ellas quienes, con su paciente conversación y con su no menos paciente lectura, contribuyen de manera decisiva a hacer de la escritura una labor menos solitaria, o, si se quiere, una labor caracterizada por un cierto acompañamiento cómplice y entusiasta. Sería, pues, muy descortés y desatento de mi parte ignorar o silenciar su incondicional, valiosa y estimulante colaboración, y, peor, “hacer creer a los lectores –como diría Matilde Asensi– que soy el único que está detrás de la obra que ahora tienen entre sus manos”. Dado que otras voces están ciertamente presentes en el tejido de este libro, quiero expresarles mi más sincero y afectuoso reconocimiento.

Vaya, en primer lugar, mi agradecimiento para Álvaro Pineda Botero. No en vano, durante el primer semestre lectivo del año 2002, cuando él fungía de Vicerrector Académico de la universidad en la que ambos trabajamos

—a saber, la Universidad EAFIT— y yo de Profesor Titular II, supo arañarle tiempo a sus demandantes ocupaciones para obrar como mi tutor intelectual. Sus apreciaciones estilísticas y sugerencias conceptuales fueron siempre muy juiciosas.

No puedo dejar de agradecer al Rector de entonces, señor Juan Felipe Gaviria Gutiérrez, a su Secretario General, señor Juan Diego Vélez Maya, y al Exdecano de la Escuela de Ciencias y Humanidades (a la cual actualmente permanezco adscrito), señor Luciano Ángel Toro, por el apoyo y aprobación que brindaron al proyecto original.

En tercer lugar, mi gratitud va para Sonia Inés López Franco, quien, como Coordinadora de la Especialización en Semiótica de la Interacción Comunicativa, programa perteneciente al Departamento de Humanidades de la Escuela arriba referida, se empeñó en que yo sometiera a consideración académica —en el seno de un seminario dedicado al diálogo— los resultados provisionales de mi trabajo.

A Ana Cristina Abad Restrepo, María del Rosario Escobar Pareja, Martha Cecilia Maya Agudelo, María Isabel Mejía Yépez, Ana Patricia Muñoz Pimienta, Gloria Isabel Rendón Calderón, Jorge Iván Vélez Castiblanco y Claudia María Vélez Ramírez, mi más auténtico aprecio y sincero reconocimiento. Aparte de actuar como estudiantes en el seminario mencionado, obraron, sobre todo, como estudiosos. Y eso lo dice todo.

Gracias quiero dar, también, a Augusto Escobar Mesa, Oscar Ramiro López Castaño, Lucy Carrillo Castillo, Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz, Rómulo Naranjo Naranjo, Daniéle Musialek, Félix Humberto Londoño González, Raúl Antonio Gómez Marín, Oscar Mauricio Naranjo Restrepo, Juan Fernando Agudelo Ramírez, Andrés Sicard Ramírez, Carlos Arturo Duque Henao, Pablo José Jaramillo Estrada, Germán Darío Vélez López, Manuel Bernardo Rojas López, Oscar Jairo González Hernández, Alba Clemencia Ardila de Robledo, Hubert Pöppel, Magda María Ibarra Orrego, Alberto Jaramillo Jaramillo, Ángela Echeverri Restrepo, Leonardo Quiroz Álvarez, Jeannette Léerner, María Rocío Arango Restrepo, Luis Fernando Zea Llano, Beatriz Amparo Uribe Correa y Lina María

Jaramillo Vargas. Cada uno de ellos estuvo ligado, de algún modo (y espero que cada quien sepa su parte), a este libro.

No puedo dejar de agradecer, también, a la exdirectora del Fondo Editorial Universidad EAFIT, Leticia Bernal Villegas. Mientras se mantuvo al frente del cargo, con un profesionalismo intachable, siempre esperó la culminación de mi escritura.

Gracias, igualmente, al nuevo director del Fondo, Juan Carlos Restrepo Rivas.

Al Rector actual de la Universidad EAFIT, señor Juan Luis Mejía Arango, va destinado uno de mis agradecimientos más especiales. No sólo por haber creído en mí, cuando apenas empezábamos a tratarnos, sino también por concederme el tiempo que necesitaba para ultimar los detalles del libro.

El otro agradecimiento especial está dirigido, en principio, a Claudia María Vélez Ramírez, por haber sido capaz de transcribir en computador los primeros manuscritos de mis textos (a sabiendas de que mi letra es ilegible e intransitable), y después a Maribel Bayer Mejía, por mostrar indefectiblemente una paciencia infinita ante mi irreductible torpeza informática, y por ayudarme a darle al libro su forma editorial definitiva. Sin la desinteresada y generosa colaboración de ésta última en todos los aspectos relacionados con el manejo del computador, seguramente hubiera cometido más yerros de los que cometí.

Por último, gracias a mis padres –Mario Vélez Uribe y Luz Upegui Toro– por saber tolerar, con la sabiduría que sólo otorgan los años, mis porfiados silencios.

A nadie más que a mí deben ser imputadas las flaquezas de estilo, las inconsistencias, reiteraciones, contradicciones conceptuales y las referencias bibliográficas improcedentes que pueda contener este libro.



---

Alguien (¿quién?, la memoria no me lo dice) escribió un día: “Somos cuentos de cuentos contando cuentos, nada”. Siete palabras melancólicas y escépticas que definen al ser humano y resumen la historia de la Humanidad.

*José Saramago*

Somos lo que hablamos y nos hablan y también lo que nos hablamos a nosotros mismos. Somos prisioneros libres, creadores creados, dueños esclavizados de nuestra capacidad lingüística.

*Graciela Reyes*

En la naturaleza no hay palabras, solamente iniciales. Al releer las nuevas “palabras”, descubrimos que no son sino iniciales de otras.

*Georg Christoph Lichtenberg*



## Introducción

“**H**ay que dialogar”: he ahí una de esas frases coloquiales cuyo fatigado eco resuena cotidianamente en los más diversos ámbitos de la vida social: en la familia, en la escuela, en la empresa, en el Estado, e incluso en otros entornos humanos menos definidos. En algún momento de su vida, no importa si lo recuerda o no, alguien la pronuncia y alguien más, atento o desatento, la escucha decir, si no es que después este último, inmerso en una circunstancia diferente, termina reproduciéndola. En algún momento también, aquí, allá o más allá, un individuo (llámese familiar, sacerdote, terapeuta, trabajador social, amante, etc.) trata de persuadir o convencer a otro de que “dialogando se entiende la gente”. De tanto usarla, o, asimismo, de tanto abusar de ella, la frase se ha ido transformando lentamente en una especie de *carta-comodín* que sirve para todo y para nada; no en vano se emplea como expresión de medidas políticas de coyuntura, o como contenido de prontas decisiones institucionales; ora para suscribir el fundamento de una ética humanista (que no autoritaria), ora para erigir los cimientos de una geopolíti-

ca de no agresión; en fin, ya para designar el rasgo distintivo que, conforme al juicio de no pocos estudiosos, trama específicamente a los seres humanos, ya para conjurar el temor que determinados individuos atribuyen a la experiencia del silencio y la cual, así mismo, según el dictamen de cierta racionalidad antropológica, representa un anacrónico retorno al *paisaje* natural, o, lo que es igual, un indebido alejamiento de las distintas alianzas y pactos de convivencia acordados por los hombres a lo largo de su historia. Aparte de manida, la frase es contun-dente: “Hay que dialogar, como sea hay que dialogar” (aunque la declaratoria simule esconder el halo impositivo que arrastra consigo). Machacada con una insistencia cansina, ella, sin embargo, no deja de sorprendernos. ¿Qué nos causa asombro? No que sea el objeto de una apelación incesante (o de una permisiva invocación exenta de forcejeo crítico); tampoco que constituya la típica fórmula de expresión (o la consigna) a la cual tienden a acudir incontables individuos o grupos cuando entran en conflicto con los demás; lo que en realidad nos sorprende es que en cada ocasión en que dicha frase es articulada y escuchada, es como si se diera por hecho al mismo tiempo que dialogar supone poner en práctica unos rituales comunicativos cuyos patrones son conocidos de antemano por cualquier persona que actúe de interlocutor, y, por ende, que al ser actualizados en situaciones concretas garantizan la inmediata y exitosa realización del diálogo mismo.

Con ser invocada por hombres y mujeres de la más variada edad, credo, estampa y condición social, la referida frase dista de ser banal o insignificante. En efecto, tras su explícita literalidad (cuyo sentido parece dar por sentado que nada hay más simple que el diálogo, ni nada más sencillo que dialogar) es posible colegir, entre otras, dos connotaciones.

Primera: de la invitación a encarnar la práctica del diálogo se hace una ordenanza, o, si se quiere, una proposición transida de mandato. Y ya insinuábamos antes que la forma gramatical adoptada regularmente por el mandato es el modo imperativo. ¿Qué significa ello? Que “las oraciones de imperativo difieren fundamentalmente de las oraciones declara-

tivas: éstas, y no aquéllas, pueden ser sometidas a un test de veracidad”<sup>1</sup>. Por lo tanto, si alguien dice: “Hay que dialogar”, el imperativo está lejos de tolerar la pregunta “¿es o no verdad?”, que bien puede formularse de frases u oraciones comprimidas como “dialogó”, “dialogará”, “dialogaría”. De ahí se sigue que si el soporte de la práctica del diálogo es la palabra convertida en acto, lo que llega a ser ordenado –mandado–, en consecuencia, es la palabra misma sin cuya fuerza activa la práctica, difícilmente acaecería. Así las cosas, en la frase se presentan dos mandatos y ambos enmascarados. ¿Dónde está el problema? No, tal vez, en el enmascaramiento como tal, pues fatal o afortunadamente el lenguaje es, a la par, encubridor y revelador de la realidad; sí, acaso, en el hecho de que lo propio del mandato es la estela de muerte simbólica que arrastra consigo. En efecto, el mandato, como concreción de un reducto de poder, más acá o más allá de la obediencia que reclama para sí, inhibe el espectro de las elecciones posibles, conculca las dudas razonables –y aún los irracionalismos– y autoriza la consolidación de una servidumbre que no tolera la posibilidad de la réplica o la contestación. De suerte que en la frase “Hay que dialogar” rebulle la densa sombra de una doble prescripción cuyo espíritu muestra, a pesar suyo, un horizonte de muerte. Y muchos saben que todo aquello que deja traslucir semejante horizonte letal está condenado usualmente al fracaso.

Segunda: la frase da la impresión de querer hacer del diálogo el fundamento del ser humano. Con todo, cuando hablamos de seres humanos, ¿de quiénes hablamos? O, más bien, ¿quiénes son los que dialogan? Ésto es lo que alguien podría estar tentado a responder: quienes dialogan son, en principio, unos seres humanos –individuales o colectivos– provistos de una expresión común que los identifica: el nombre propio o la razón social; arraigados, después, en la fijeza inamovible de una supuesta esencia única, indivisible e inmutable (pues

---

1 “A diferencia de las oraciones de imperativo, las oraciones declarativas pueden transformarse en oraciones interrogativas: “¿bebió?”, “¿beberá?”, “¿bebería?” Cf. JAKOBSON, Roman. *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral, 1981. p. 355.

ellos, antes que *devenir*, *son*, a resguardo de toda perturbación, al amparo incluso de los embrollos suscitados dentro de sus respectivas conciencias); apegados, luego, a la idea dominante y no menos excluyente de que sus cuerpos y sus mentes representan el lugar de origen donde nace la verdad, la verdad fundacional de cualquier empresa humana; enseguida, portadores de un régimen de lenguaje uniforme, sin cuya coherencia interior –distendida en su particular estructura de funcionamiento– el pensamiento que la duplica en cada acto de habla deja de hacerse audible para el otro; y, en últimas, dueños de sus correspondientes *exteriores*, más allá de cuyos límites no caben los deseos inconsútiles, los miedos contingentes, los fantasmas ingrátidos y las carencias atisbadas; en una palabra, quienes dialogan son seres comunes y corrientes. No obstante, y debido al hecho de que al dialogar siempre tenemos la posibilidad de llegar a ser algo o alguien distinto de lo que somos, nos inclinamos a responder otra cosa: quienes dialogan son seres humanos en devenir, lo mismo autónomos que heterónomos, poseedores de una subjetividad no tanto simple cuanto compleja y usuarios de un lenguaje heterogéneo que los sujeta a la vez que los libera; en una palabra, individuos, lo sepan o no, lo quieran aceptar o no, abiertos a un sinfín de opciones *identitarias* (esto es, relativas a la identidad).

Por lo tanto, si la frase –“Hay que dialogar”–, según lo expuesto, connota más de lo que literalmente dice, varias preguntas nos asaltan: ¿Qué sentido tiene seguir repitiéndola sin detenerse a meditar –aunque sea por unos segundos– en sus múltiples y densas implicaciones? ¿Insistir en invocarla y expresarla irreflexivamente, una y otra vez, no implica caer en la trampa de una significación hegemónica? ¿No equivale a ser atraído por la fuerza de imantación de los estereotipos o clichés? ¿No es aceptar a ciegas una nueva dominación, a sabiendas de que ésta procede a menudo de ciertos conocimientos marginales a los que convida con frecuencia el sentido común? ¿Y no es acolitar la ilusoria idea de que, en relación con algunos mandatos, basta con obedecer al pie de la letra su compostura apelativa para asegurar la eficacia de la acción

prescrita? Pero, entonces, si nada hay más expedito y estimulante que el diálogo, si nada hay más constitutivo de lo humano, si nada hay más inmediatamente realizable, ¿por qué hacer del diálogo la forma y sustancia de expresión de un imperativo incontestable? ¿Por qué imponer su ejecución bajo la figura de una secuencia que no admite el encuentro fortuito, la energía dispersa, la espontaneidad? Y, peor, ¿cómo explicar la queja frecuente que muchos individuos externan –sobre todo ante situaciones de tenso conflicto– acerca de la inoperancia del diálogo? A contrapelo de quienes se obstinan en creer que el diálogo no sólo merece ser recomendado como alternativa idónea para solucionar cualquier clase de problema que se produzca entre los seres humanos, sino también como práctica que permite ser ejecutada sin necesidad de apelar a algún tipo de condicionamiento especial, somos de los que creemos que, en lugar de dar por cierto y averiguado lo que significa el diálogo, éste exige ser estimado como objeto de estudio, o cuando menos, como motivo de interrogación. Por eso, si cabe sostener una serie de cuestionamientos que ponen en duda la presunta naturalidad del diálogo, es porque lo que está en juego tolera ser pensado en términos de problema, o mejor, *de constelación problemática*.

¿Qué es el diálogo? ¿Cómo fue asumido por algunos autores que pertenecen al canon filosófico griego? ¿Cuál es el lugar que le corresponde a la lógica, la retórica y la argumentación, en tanto disciplinas que se dedican a estudiar los complejos fenómenos que conciernen al lenguaje actualizado en el marco de un diálogo? ¿Comienza y termina el diálogo en alguna parte? ¿Cumplen en él algún papel especial el cuerpo, la mirada y los gestos de los sujetos participantes? ¿Se cuele en medio de un diálogo convencional alguna clase de imaginario obsesivo que puede llegar a paralizarlo? ¿O, al revés, tal imaginario incide en la fluidez del mismo? ¿De qué manera se alternan el habla y la escucha durante la celebración de un diálogo? ¿Insinúan el habla y la escucha diversos caminos de pensamiento? ¿Reclaman de ciertos cuidados especiales? ¿Es plausible pensar en una ética de la comunicación que tome en consideración la identidad y la alteridad de quienes fun-

gen de interlocutores? ¿Puede ser concebido el diálogo como una *ocupación* que consiste en dar y recibir la palabra? ¿Se *existencializan* los seres humanos en el diálogo? ¿Obra el diálogo como una suerte de continente discursivo dentro del cual se manifiesta la pulsión de relatar que caracteriza a los seres humanos? ¿Cuáles son las diferencias entre el diálogo y el monólogo? ¿Es el monólogo una negación del diálogo? ¿Es inevitable que el poder se presente en el seno de una relación dialógica? ¿Detenta alguna finalidad puntual el diálogo? ¿Con qué personas se dialoga y con quiénes se cruzan apenas unas cuantas palabras? Semejantes preguntas y otras más que silenciamos, al punto se nos revelan en toda su ardua dimensión. Y más: a poco de plantearlas, empezamos a tomar conciencia de las enormes dificultades que entraña cualquier tentativa de respuesta. Alentados por la esperanza de que algunas de las antedichas preguntas nos puedan ayudar a abrir caminos de indagación, reflexión, análisis y juicio en relación con el demandante fenómeno del diálogo, hemos consagrado parte de nuestro esfuerzo personal e intelectual a la tarea de estudiarlo.

De ahí que el trabajo que presentamos a continuación bajo la forma de siete ensayos de extensión desigual, y que hemos titulado *Los desdoblamientos de la palabra (Variaciones en torno al diálogo)*, pretenda ser una averiguación seria –aunque no exenta por instantes de densidad conceptual–, sobre diversos aspectos verbales y no verbales que participan en la *escenificación* de cualquier diálogo humano, entendido como concreción puntual de uno de los tantos procesos que forman parte de la insondable y escurridiza condición humana. Una propuesta como ésta quiere apuntalarse menos en una sola disciplina del conocimiento, de las múltiples que conforman las llamadas Ciencias Humanas, que en un complejo de saberes disciplinares. Nos serviremos, entonces, de una serie de categorías acuñadas por diversas disciplinas (la filosofía, la lingüística, la semiótica, la retórica, la teoría de la argumentación, la hermenéutica, la antropología, la sociología de contenidos, la poética histórica, etc.), y con ellas, y otras más que son el producto de nuestra propia cosecha,

nos ocuparemos de repensar ese objeto de estudio tan vago e inasible (por creérselo un evento humano de lo más natural) que es el diálogo interpersonal. La razón que subyace a este proceder, que para algunas personas puede resultar poco ortodoxo –en términos académicos–, estriba en el hecho de que, en conformidad con la bibliografía rastreada y consultada, no logramos hallar un solo trabajo, en un formato como el que proponemos, que estudiara el diálogo desde múltiples perspectivas y saberes disciplinares. Nos topamos, sí, con numerosos ensayos dedicados a tratar el asunto del diálogo, ya al amparo de una sola disciplina, ya al abrigo de otra, pero ninguno desde varias al mismo tiempo. En igual medida, las afirmaciones, dudas, conjeturas, soluciones, ilustraciones, analogías, inferencias y argumentaciones que aquí consignamos, la mayoría de las cuales acusan un carácter provisional y tentativo, son el resultado de nuestras observaciones y registros escritos como participantes directos o indirectos en numerosos eventos dialógicos sostenidos a los largo de varios años, así como el producto del forcejeo crítico entre dichas observaciones y las categorías de análisis empleadas. Diríase, a la sazón, que el camino seguido para llevar a cabo esta labor utiliza herramientas propias de la investigación etnográfica y, en particular, de la etnografía del habla y la escucha.

En este orden de ideas, los objetivos que buscamos alcanzar son los siguientes:

- a) Describir las particularidades etimológicas, lingüísticas, estilísticas y filosóficas del llamado “diálogo socrático”, y establecer si algunas de ellas obran también como atributos de cualquier diálogo humano convencional;
- b) Identificar determinados signos no verbales que ponen de manifiesto no pocos individuos a la hora de trenzarse en un diálogo interpersonal, y caracterizar las implicaciones imaginarias que esos signos pueden despertar en la mudable conciencia de cada uno de los interlocutores;
- c) Cuestionar la idea dominante de que el diálogo no es más que la conexión que se establece entre un emisor y un receptor mediante el uso de un lenguaje común, o, cuando menos, compartido, y, en su lugar, proponer

- una noción compleja de diálogo afincada en la alterancia del habla y la escucha;
- d) Sugerir algunos postulados de significación sobre el papel sustantivo que es menester endilgarle al otro en la actualización de un diálogo, y, a través de éste, en la consolidación o transformación de la identidad de los individuos participantes;
  - e) Postular la conjetura de que el diálogo constituye el acontecimiento existencial humano por excelencia, y desarrollar las líneas argumentativas que dan sentido a dicha conjetura;
  - f) Mostrar cómo el diálogo sirve de marco a una operación o función de lenguaje a la cual podemos designar con el nombre de *pulsión diegética*, y explicitar las consecuencias políticas que se derivan de ella.

Tales objetivos se despliegan en los textos que componen el libro. Así, en el ensayo inicial *–El diálogo entre los griegos–*, y no sin antes describir sucintamente algunos de los motivos pictóricos que aparecen en el fresco de Rafael Sanzio titulado la *Stanza della Segnatura*, procuramos adelantar una reflexión sobre la práctica del diálogo entre los griegos de la antigüedad. Para tal fin, hacemos pasar la reflexión por tres momentos: en principio, por una pesquisa filológica de la palabra; luego, por una tentativa de conceptualización del diálogo; y, por último, por una descripción detallada del género conocido como “diálogo socrático”. La conclusión a la que llegamos, no por ser conocida, es irrelevante: un diálogo, en rigor, nunca termina. Al final, establecemos una serie de correspondencias cognitivas entre el acto de observación de una pintura y el acto de recepción de un texto en aquel sujeto que, a distancia del tiempo y el espacio griegos, opera como observador o lector de una obra humana.

El segundo se orienta por una pregunta que le da nombre al ensayo *–¿Se afinca el diálogo en una especie de enfrentamiento corporal?–*, y por el intento de respuesta que elaboramos. En él sostenemos la idea de que el diálogo, en el momento previo a la emisión de la palabra, se demora en una instancia corporal a la que hemos denominado *trance de reco-*

*nocimiento*, es decir, se demora el repaso visual que cada uno de los sujetos comprometidos en el evento dialógico hace del otro a fin de forjarse una imagen (excluyente o incluyente), cuya representación mental puede causar tanto la parálisis misma del diálogo como su avasallante fluidez.

El tercero –*El diálogo: una unitas multiplex de habla y escucha*– puntualiza estas dos facultades humanas y, específicamente, la alternancia de los roles conversacionales que definen al emisor y destinatario de un diálogo. Igualmente, determina los cuidados éticos que han de ser tomados en cuenta cuando alguien incurre en actos de habla y escucha, si no quiere verse abocado a una situación caótica, o, peor, de negación del otro. Finalmente, especifica tres pares de señas intelectuales que signan la participación de cualquier interlocutor en un diálogo, a saber: apropiación y manipulación de términos y conceptos, comprensión y explicación de ellos, y falsación y proposición de los mismos y de otros términos y conceptos.

El cuarto –*Diálogo, Identidad y Alteridad*– pretende llevar a cabo una reflexión sobre el complejo papel que cabe atribuirle al otro (conocido o desconocido), en el instante en que dos seres humanos, tramados simbólicamente por universos de referencia diferentes, se disponen a interactuar en el seno de un diálogo cotidiano, a sabiendas de que éste, hoy por hoy, no escapa, como el capital, a las determinaciones y coacciones de un mercado de bienes y servicios.

El quinto –*El diálogo: una ocupación que consiste en dar la palabra*– desarrolla las implicaciones existenciales que ya- cen contenidas en la palabra *ocupación*, pues no en vano los seres humanos pueden consagrar sus vidas a diversos oficios, artes y profesiones, y despliega la conjetura según la cual la auténtica ocupación del hombre guarda relación con el lenguaje, y, sobre todo, con el lenguaje que trama y envuelve la acción dialógica.

El sexto –*Diálogo y Relato*– se compone de dos partes: en la primera, acuñamos el concepto de *pulsión diegética* (o empuje vital narrativo) en términos de rasgo distintivo de los seres humanos; y en la segunda, y en el marco de una teoría

del observador, intentamos mostrar cómo dicha pulsión diegética llega a ser el producto de los ejercicios contemplativos de quienes obran de interlocutores en el entramado de diversos eventos dialógicos.

Finalmente, el séptimo, que es también el epílogo, y al que hemos denominado *Diálogo y Razón*, incluye una sucinta descripción etnográfica de un supuesto diálogo celebrado entre dos personas (**P** y **Q**), y un análisis de las posturas verbales y no verbales que asumen cada una de ellas. En este corto texto, de naturaleza medianamente narrativa, buscamos recoger sintéticamente buena parte de las ideas básicas expuestas en los ensayos anteriores.

En suma, los textos mencionados conspiran, por así decirlo, contra la consigna dominante que hoy circula por doquier según la cual, pase lo que pase, y dígase lo que se diga, “hay que dialogar”. Y conspiran puesto que se afincan en la convicción de que el diálogo no es, ni debe ser, ni puede ser, un asunto de mandamientos o trilladas recomendaciones. Sin importar que, en calidad de seres humanos, estemos atados ineludiblemente al lenguaje, la práctica conversacional —a la cual consagramos buena parte de nuestras vidas, y, sobre todo, lo más genuino y revelador de nuestras historias personales— demanda reflexión, exégesis y juicio, antes que buenas intenciones. Si no fuera porque puede sonar exagerado, diríamos que nada hay más difícil y laborioso que dialogar, y nada, con todo, más fértil, tonificante y enriquecedor para la vida que estamos compelidos a llevar. Las inherentes dificultades que él entraña nos han de servir, no para rehuirlo, o para abjurar de sus enormes potencialidades, sino para continuar practicándolo con un celo indeclinable, pues ya lo decía Gadamer en el final de sus días: “Creo que sólo se puede aprender a través de la conversación”<sup>2</sup> Y si de aprendizajes se trata, ¡qué mejor aprendizaje que hacer del diálogo una razón para dialogar! (así sea por escrito).

---

2 GADAMER, Hans-Georg. *La educación es educarse*. Barcelona: Paidós, 2000. p. 10.